

# ESPECIAL VERANO 2007

Disfrute de estos cuentos, relatos, crónicas,  
insolaciones y toda clase de manifestaciones de  
creatividad a pleno sol...



PUERTO DE ESCAPE

# Los Gritos

Por Yenny Paredes

## El Caleidoscopio

Bruscamente, esta ciudad empezó a girar sobre sí misma. Las calles amanecían alteradas, fuera de lugar, trenzadas de manera irreconocible, como si durante la noche se hubieran vuelto líquidas para bailar desquiciadamente, congelándose en cualquier posición al llegar la madrugada... Y el nuevo tejido rara vez permanecía igual por mucho tiempo. Al principio, el desconcierto fue total; los parientes lejanos aparecían con sus camas en el fondo del patio, el monumento a los héroes fundadores, colgando del campanario, el puente viejo instalado de súbito entre dos edificios de departamentos, y sobre su lomo, familias aturcidas preguntando por sus casas, intentando acostumbrarse al nuevo tramado.

Nuestra percepción del tiempo y el espacio fue alterándose progresivamente; algunos niños se quedaban dormidos de pronto, a pleno día, para despertar ya entrada la noche, con un apetito voraz y reclamándonos para sus juegos. Transitando sobre este escenario, sentíamos un vértigo arrastrarse por el estómago cada vez que iniciábamos otra búsqueda de las respectivas casas. Nos habituamos a mirar de frente, hacia arriba o abajo, evitando girar nuestras pupilas a los costados, puesto que eso nos mareaba, como si en el paisaje detenido aún quedaran ecos móviles del baile nocturno.

## Los Preparativos

Aprendimos a reconocer cuando se aproximaba el siguiente cambio de calles. Un suave murmullo latiendo bajo los zapatos, un olor a madera, musgo y naranjas que se iba apoderando del ambiente, como si las casas estuvieran respirando y su aliento se mezclara con nuestros sudores, ganando terreno, traspasándonos. Entonces empezaba a alimentarse de nosotros un cansancio agradable; podíamos permanecer un par de días deambulando, aletargados como bestias, antes de caer en un sueño rotundo, compacto, plagado de colores brillantes. Todos soñábamos lo mismo. Y en el sueño había pájaros, aunque los pájaros hacía mucho que habían emigrado de este cielo difuso.

Cuando aparecían los síntomas, comenzaban también los preparativos para no extraviarnos. Aníbal y yo dormíamos amarrados y envueltos con una sábana, entrecruzando las piernas y abrazados al pequeño Ariel que sonreía acurrucado en mi cintura. Así, aunque no siempre lográbamos encontrar el último lugar donde nos habíamos instalado, por lo menos permanecíamos juntos, lo que a esas alturas era nuestra única preocupación, sobre todo cuando notamos, después del cuarto o quinto giro, que los demás empezaron a desaparecer.

## **El aguijón de la memoria**

En cada cambio, los extraviados eran más numerosos, de manera que hubo un momento en que parecíamos quedar sólo un ciento de personas vagando por las nuevas torceduras, apenas reconociéndonos, ya no queriendo preguntar para no oír lo de siempre. Nunca encontramos un cadáver, algún rastro húmedo de los que se iban; la desaparición era perfecta. Lo único que quedaba era un frío vertical que se instalaba frente a nosotros cuando los recordábamos, un frío corpóreo que adquiriría la forma del que ya no estaba y nos hacía daño si intentábamos tocarlo. Mientras más fuerte era el recuerdo, más intenso el frío en que se iban esculpiendo las siluetas. Entumecidos, azules, nos deteníamos tarde en mitad de una caricia, con las manos quemadas por una escarcha cristalina.

Con el tiempo, la memoria se volvió un enemigo voraz. Los ancianos crujían cada vez que pensaban en los ausentes. Un día vi al viejo componedor de paraguas con su enorme sombrero, sentado en el techo de una locomotora, varada en mitad de la plaza. Lo vi incorporarse y abrazar en el aire a una mujer transparente, hecha de llamas azules y amarillas; lo oí murmurar palabras de ternura, azularse y crepitar mientras bailaba suavemente con ella. Empezó a quemarse de a poco, sin dejar de sonreír, demasiado lúcido para quejarse. Tanta era su soledad, tan afilado el cristal de su nostalgia.

A mis pies, Ariel jugaba con el esqueleto de un paraguas, estirando los jirones de tela verde y naranja, como si fuera una flor de alambres asustada. Sentí frío.

## **Papeles**

Los primeros en desaparecer fueron los pájaros, y con ellos, la mayoría de los adultos de nuestra edad; después siguieron los niños y ésta fue tal vez la parte más cruda. Iban quedando padres y madres desgajados, hermanos imaginando ser los próximos, miedos incubándose en la espalda, y para algunos fue más sano dejar de recordar, porque recordar dolía, y empezar de cero cada vez que se volvía a abrir los ojos, con ese vago espanto en las tripas, sin mirar al lado, sabiéndonos más solos.

A contrapelo de este acuerdo tácito, yo cuidaba mis harapos de memoria, y los guardaba entre otras cosas porque quería contar lo que nos estaba pasando, a ver si alguien, alguna vez, en alguna parte... De modo que empecé a escribir y los papeles ganaron su lugar dentro de la sábana apenas se acercaba el sueño, aunque a mí también me lastimaba recordar y ya incubaba varios temores en la espalda. Los sentía subir como lentas orugas acechando mi cabeza, con ganas de morder y tragar, empezando por las propias palabras.

## **El baile del tiempo**

Cada período duraba una estación del año reducida a una noche larga, aunque en distinto orden. Los veranos trastabillaban con primaveras repetidas, luego otoños rojos, verdepasto y azafrán. Las cerezas amanecían congeladas de pronto, y algunas flores se empezaban a tragar sus frutos de vuelta, avergonzadas por el frío. Los inviernos eran interminables y empezamos a acostumbrarnos a ellos; distinguíamos varios tipos de lluvia y preferíamos la sombra. El sol se volvió un delincuente fugitivo que nos hería los ojos cuando asomaba espiando tras una nube rota.

Al mismo tiempo, el gran sueño que nos enhebraba a todos, se empezó a decolorar. Fue destiñéndose de a poco, y nadie habló del asunto, en parte porque ya nos sentíamos más próximos a los tonos azulados, frescos, oscuros, y en parte porque ya no quedaban muchas personas con quienes conversar. Por lo demás, cualquier vínculo era frágil, no convenía encariñarse con nadie, salvo los pocos que seguíamos pegados, cada grupo inventando su propio sistema de enlazar los cuerpos, un trenzar de miembros, un encadenarse antes de que los párpados cuajaran. Con todo, ser los habitantes de este caleidoscopio inquieto, tenía sus ventajas.

## **Los Pasatiempos.**

Disponíamos de toda la ciudad para nosotros solos y fuimos explorando las casonas antiguas que antes sólo imaginábamos desde fuera; pasábamos horas admirando los cuadros, probándonos los trajes abandonados por sus dueños o dejándonos caer por las barandas de escaleras enormes, que terminaban en solemnes cabezas de leones blancos. Bajo las butacas de un teatro, encontramos un violín, que entre los dedos de Aníbal, se volvió un ingrediente indispensable para las tardes de llovizna. La cúpula de la catedral era la caja de resonancia perfecta para su concierto nostálgico; hasta sus ojos de tordo se habían encumbrado un par de ojerazas azules, que sumadas a esa risa triste, le daban a su figura un encanto de espectro tibio y conocido. Siempre cerca de él, Ariel percutía entusiasmado un par de cucharas torcidas. Nuestra ropa mojada flameaba tranquila en el tendido eléctrico y era bueno cantar y bailar desnudos sin preocuparnos por trizar el silencio. Yo jugaba a lanzar piedras contra los ojos de las figuras que nos miraban sin vernos desde los vitrales; al instante cambiaban su gesto de piadosa indiferencia por un par de cuencas despavoridas, como si de pronto hubiesen caído a tierra hechas volantín que se va de bruces contra la realidad.

Progresivamente fuimos dejando de comer, porque ya no lo necesitábamos, y nos sentíamos livianos, extrañamente felices. A veces pasábamos días enteros dibujando nuestros rostros en los muros o escribiendo en ellos juegos de palabras que el siguiente cambio de calles desordenaría, alterando inusitadamente los significados. El amor también era un juego, libre de óxido o de aristas, y fue tal vez, en esos días, más urgente, crudo y real que nunca.

Hasta que aparecieron los gritos.

## **El Ciclista**

Ese día nos despertamos con la certeza de ser los últimos en la ciudad. Primero vino el temporal de viento que fue cobrando fuerza a medida que avanzaba la mañana. Luego, un largo temblor pasó estremeciendo los edificios acodados entre sí, inclinando los muros, trizando ventanas, como si trenes desbocados se persiguieran bajo el cemento. De la calle principal el viento retiró los tarros basureros, arrancó arbustos, semáforos, tapas de alcantarillado, arrastró fósiles de automóviles hacia los costados para dejar frente a nosotros un sendero despejado que se proyectó hacia la cima de la cuesta que salía de la ciudad. Justo en la cúspide, apareció el primero: su cuerpo desvencijado parecía el de un ave zancuda, trepado sobre una bicicleta antigua, pedaleaba hacia nosotros quebrando las rodillas hacia atrás, el rostro desgarrado, dos pozos vacíos en lugar de ojos, jirones de pelo apelmazado ondeando desde el cráneo. Y la boca. La boca era una gruta que parecía succionarnos desde lejos, la boca era un cráter abierto hacia la noche, la boca era la cicatriz del silencio. De ella emergió un lamento que fue transformándose en potente alarido, cada vez más abierto y doloroso, como si miles de voces se destemplaran en una sola, aumentando su intensidad. La vibración aérea se introdujo por nuestros oídos, perforando la membrana del tímpano, amplificándose a través del martillo, el yunque y el estribo, traspasando la ventana oval para explotar, como un fuego de artificio, en el líquido laberíntico del caracol. Un estremecimiento nos recorrió de pies a cabeza. Paralizados de espanto, lo vimos cruzar a toda velocidad y desaparecer al otro extremo de la calle, tan insólito como había llegado, llevándose su estruendo y dejando el aire rasgado a su espalda.

Cuando nos miramos, un hilillo rojo manaba de nuestros tímpanos reventados, yo sangraba también por la boca y Aníbal por la nariz. La pequeña cabeza de Ariel, acurrucado temblando detrás de un poste, se había cubierto de canas.

### **El Griterío.**

La progresiva pérdida de la audición ha establecido un puente poderoso entre la mirada de Aníbal y la mía. Nos contemplamos con los ojos enrojecidos, todavía cargados de ternura, recorro con un dedo el ángulo de sus cejas, los pómulos, los labios, la mandíbula completa dibujándolo, como si no lo conociera. Flotan tantas preguntas en el aire. No alcanzamos a decirnos de dónde veníamos, en medio de la urgencia por seguir respirando; inauguramos la vida cuando nos encontramos y no fueron necesarios los ritos habituales. Ahora, intercambiamos la infancia en las pupilas y sabemos que nos queda poco tiempo; él deposita besos sobre mi cabeza hasta que logro dormirme, y durante el día va enredando pequeñas flores celestes en mi pelo, como si me preparara para una fiesta que nunca llega.

Cambio lo más seguido que puedo los apósitos con que vendo sus oídos, para controlar la hemorragia. Se queja de dolor constante y ha empezado a hablar más alto de lo normal para compensar el ruido que oye de fondo; asocia los zumbidos intermitentes con cascadas, campanas o con el sonido del mar. Por mi parte, creo que el daño se concentra en el laberinto posterior. Sufro de vértigo, náuseas y vómitos, el dolor es

pulsátil, casi como si mis latidos lo activaran, y pierdo el equilibrio en cualquier momento, desplomándome sobre el cemento. Mi capacidad de orientación en el espacio es casi nula y veo puntos rojos brillantes, que bailan en grupo salpicando la noche.

Ariel es el único a quien no parecen afectarle tanto los Gritos. Se mantiene en pie mejor que nosotros y al menos a él no le sangran los oídos. Ha renunciado voluntariamente al habla y se comunica a través de su propio lenguaje de manos. Cuando nos nota intranquilos, pide que nos sentemos y trepado en alguna vitrina, monta para nosotros pantomimas increíbles, como un pequeño pierrot envejecido, pero intacto.

El baile de las calles se detuvo apenas empezaron a aparecer los Gritos. Se presentan dos o tres veces por día, con sus cuerpos esqueléticos y la mirada perdida. Los hay de distinto tipo: los trapecistas se descuelgan de los cables eléctricos o bien caminan rápido sobre ellos, agitando las manos y emitiendo chillidos agudos; los disparates volantes pedalean en el aire con una especie de parapente, lanzando graznidos largos y claros; los escaladores entran y salen por las ventanas quebradas de los edificios, aullando con o sin eco según dónde se encuentren; los rastreros emergen de cualquier orificio en la tierra, alcantarillas, piletas secas, articulando gemidos roncros y ásperos, que se experimentan en la boca del estómago. Siempre llegan al mismo punto por donde apareció el primero, el ciclista, y guiados por él, se evaporan más tarde en dirección a la salida de la ciudad. El griterío intensifica nuestros síntomas, estamos afiebrados, los sentimos perforando nuestras bóvedas craneanas como una ráfaga de flechas.

Hoy, después de mucho tiempo sin señal de los pájaros, Ariel encontró, jugando cerca de la cuesta, una pluma blanca. No queremos seguir siendo testigos de este deterioro, el lugar ya no nos pertenece. Mañana, cuando todos se vayan, partiremos hacia la desembocadura de los Gritos.

### **La Fisura.**

Ariel nos llevó de la mano parte del camino, pero cuando vio a los pájaros revoloteando allá lejos, corrió adelante y su cabeza blanca se perdió de vista a pesar de mis llamados. Llegamos mucho más tarde, después de una larga caminata que terminó de debilitarnos.

El lugar está lleno de escombros. En el cielo oscurecido se abre una enorme grieta vertical, una especie de vulva con un vértice instalado en el horizonte y el otro en el aire; a través de ella se cuelan suaves rayos de colores claros. En el suelo, hay espacios cavados con la forma de cuerpos en distintas posiciones. Agotados y delirantes, nos sujetamos mutuamente hasta llegar al último muro, derrumbándonos justo bajo la grieta. Sobre la pared se proyecta un juego de sombras producido por los breves haces de luz: una mujer camina inclinándose de tanto en tanto para escarbar en el piso, levanta ovillos humanos y los devuelve a brazos que bajan de la fisura y suben de nuevo con delicadeza. La muerte obligada y prematura, la muerte avergonzada de sí misma, ahora está llorando. De su boca salen, primero pequeños para después agrandarse, trapecistas, rastreros, disparates volantes.

Una bicicleta abandona su sombra en la vereda, veo mi sombra treparse sobre ella y pedalear lejos de mí. Nos transparentamos. Nosotros, los subterráneos, somos apenas el recuerdo de algo que sueña al otro lado de la grieta, y estas vidas, escasamente, los negativos de una fotografía que alguien nos veló. Nos transparentamos. Pienso en los dedos que sujetarán estas páginas, imagino un oído, como caracola inversa donde susurrar esta historia hacia atrás. Me pregunto si habrá alguien, al otro lado, que nos recuerde lo suficiente como para llevarnos de vuelta.

Anibal se enfría con las manos crispadas a mi lado. Una llovizna de plumas blancas me va cerrando suavemente los párpados. Mi cabellera de meses, salpicada de nomeolvides, nos cubre a ambos. Ariel sobrevuela nuestros cuerpos, rodeado de pájaros de colores, pronunciando nuestros nombres, una y otra vez.

*Yenny Paredes G., Valdivia - 1996*